

EL DESTINO DE LAS MELIAS

Juan Manuel Vega

Isla de Melos, año 416 a.C.

Eurídice caminaba presurosa en la fría noche de la mano de su madre por las calles de la ciudad mientras trataba de seguirle el ritmo que tiraba de su muñeca con insistencia. Ante sus ojos la rodeaban pilas de cuerpos ensangrentados y mutilados que desprendían un olor que provocaba que la pequeña Eurídice fuese con una mano en la nariz. Mujeres y niños recogían los restos de sus seres queridos, la ciudad estaba perdida... Habían pasado dos años desde que comenzaron el asedio las tropas atenienses a la isla de los melios y finalmente, hace un par de semanas la ciudad cayó ante el yugo ateniense.

Desde Atenas se votó democráticamente en asamblea la ejecución de todos los hombres de Melos y la venta como esclavos de mujeres y niños como castigo por resistirse. Cientos de hombres fueron ejecutados días atrás en una de las escenas más sangrientas y horripilantes que Olympia, la madre de Eurídice, pudiese contemplar. Los degollaron uno tras otro en fila ante la mirada atónita de las mujeres, una autentica carnicería.

Olympia era la mujer de Herculano, una figura política importante de la ciudad que junto a otros hombres había llevado las negociaciones con el imperio ateniense.

“¡Por Zeus! ¿¡Por qué no aceptaron las concesiones de los atenienses!? Ellos eran mucho más fuertes que nosotros y nos advirtieron numerosas veces las consecuencias terribles de enfrentarles...” se repetía en la mente Olympia todo el rato con lágrimas en sus ojos mientras tiraba de su hija.

La ejecución de su marido es algo que la perseguiría en su cabeza hasta el fin de sus días cuando Herculano le desvió una última mirada a su esposa con una expresión como si quisiera pedir perdón, momento en el que el cuchillo paso por la piel de su cuello y poco a poco se desvanecía y se le escapaba la vida seguido de los gritos histéricos de su mujer y su hija. Este hecho se repitió con cada familia de la isla. Pero Olympia ahora tenía una tarea que hacer, proteger a su querida hija de las manos de los atenienses. No permitiría por ningún medio que la vendiesen como esclava y se dirigía a una conocida cala de la isla donde las melias estaban preparando una barcaza en la que llevar a sus hijos lejos de los atenienses. Olympia trataba de ser lo más discreta posible y no era tarea fácil andar por las calles infestadas de soldados atenienses pero una vez había llegado a las afueras de la ciudad podía respirar un poco más aliviada. En la costa la esperaba Altea, una mujer de unos 40 años que desde siempre mostraba un aplomo y una rudeza envidiables, ella era la responsable de la expedición junto a otras mujeres. Escaparían por una ruta de noche ausente de flota ateniense con la esperanza de que no los vean.

Olympia introdujo a la pequeña Eurídice en la barcaza con el resto de niños. De fondo se oían pequeños sollozos y voces infantiles acompañados de madres que se despedían con el corazón en el pecho de sus queridos hijos.

“Madre, ¿por qué no puedes venir tú también? Dijo Eurídice con una lagrima deslizándose por su mejilla. Eurídice, pese a su corta edad de nueve años, sabía lo que pasaba a su alrededor y sabía que lo que acababa de preguntar tendría la respuesta que no quería.

“Mi querida Eurídice, yo simplemente no debo ir, si yo desapareciese siendo la mujer de quien era sabrán de la fuga y no pararían hasta encontrarnos, tengo que dar la cara ante los atenienses. Allá donde vas tendrás una buena vida libre de las penas que hemos sufrido, serás feliz y libre, pero por Zeus por muchos años que pasen no olvides de dónde vienes y quienes fueron tus queridos padres, ¿vale?” contestó Olympia y en un abrazo efusivo y miles de besos de separaron para que pudiesen partir.

“Muy bien, todo listo; partimos, rumbo al Peloponeso.” Dijo Altea mientras poco a poco se alejaba el navío. En la costa se divisaban siluetas iluminadas por las antorchas de madres y familiares alzando las manos para decir un último adiós mientras los niños lloraban con rostros rotos en la barca. Eurídice trataba de calmar a un niño algo menor que ella mientras sentía en su corazón como decía adiós para siempre a su hogar y a su familia.

“Señoras, dejaos de lloros por ahora, toca ser fuertes.” Dijo Olympia secándose las lágrimas y cambiando su semblante por uno mucho más seguro de sí mismo. “Mañana nos reunirán los atenienses para repartirnos como botín de guerra, tenemos que tratar por todos los medios que acabamos en un buen destino sobre todo a aquellas más jóvenes, permaneceremos juntas hasta el final”.

Cientos de mujeres y niños que no pudieron huir desfilaban por la vía principal de la ciudad al día siguiente con grilletes en pies y manos. Los atenienses a ambos lados procuraban que no parasen de caminar apuntándoles con sus lanzas mientras les lanzaban piedras, les escupían y

les insultaban. A la cabeza de la marcha se encontraba Olympia, mostraba una postura erguida y segura de sí misma sin un atisbo de temor en su rostro, con la cabeza bien alta y con una mirada fría como el hielo, pero ella sentía fuego, odio por los atenienses que la rodeaban mientras andaba conteniéndose coger una lanza de uno de ellos y mutilar quizá a dos o quizá a tres de esos sucios bárbaros.

La marcha llegó al ágora de la ciudad cuando el sol se posaba en lo alto del cielo, allí estaban esperando los altos cargos atenienses en lo alto de una estructura. Colocaron a los melios en el centro de la plaza y a continuación tomó la palabra uno de esos altos cargos, según tenía entendido Olympia el apuesto hombre que se les dirigía se hacía llamar Alcibiades, un noble ateniense que había instigado la campaña contra los melios.

“¡Oh atenienses!, la mayor nación en este mundo, una vez más hemos demostrado nuestra fuerza, nuestra inteligencia y nuestro coraje. Hace dos años la isla de Melos se negó a rendirnos tributo y nuestra sospecha de que favorecían al bando espartano nos forzó a empezar esta campaña. Fue entonces cuando empezamos negociaciones con sus habitantes, siendo conscientes de nuestra supremacía les ofrecimos un ultimátum, unirse a los atenienses o atenerse a las consecuencias, ellos dijeron ser neutrales en esta guerra, pero nosotros no podíamos retirarnos y mostrarnos débiles al enemigo. Mientras les proporcionamos una visión realista de lo que iba a suceder ellos no hacían más que atenerse a situaciones ideales que no iban a ocurrir. Nos advirtieron que si les atacábamos las demás naciones neutrales nos enfrentarían por temor, pero eso era imposible pues no hay nación neutral que temer en este momento que pueda enfrentarnos pues todos los que temíamos ya han sido sometidos por nosotros. Nos dijeron que si no luchaban sería vergonzoso, pero solo es vergonzoso no luchar si se tiene una oportunidad de ganar. Los melios afirmaron que tenían una mínima oportunidad de ganar y que se arrepentirían si no lo intentaban, pero eso no era algo racional tan solo emocional, de ninguna manera nos podían ganar. Dijeron que los dioses estarían de su parte, pero es falso pues los dioses siempre están del lado de

los fuertes. Amenazaban con que los espartanos vendrían en su defensa, pero es falso como se ve pues los espartanos son cautos y no malgastarían sus fuerzas en un pueblo como este. ¡El tiempo nos ha dado la razón, atenienses! Es la hora de castigar su soberbia y su ignorancia. ¡Los fuertes siempre se impondrán a los débiles!” con este discurso se echó atrás Alcibíades y dejó paso a la subasta de esclavas con grandes vítores de los soldados. Según lo hablado la mitad de las mujeres y niños serían llevados a Atenas para pertenecer a sus ciudadanos y con la otra mitad se comerciaría con ciudades aliadas de Atenas.

A medida que hablaban los atenienses y se iban repartiendo muchos en el acto a las mujeres se sucedían forcejeos entre las melias y los atenienses que se negaban a marchar con ellos y hacían resistencia ya inútil.

Alcibíades se levantó de súbito y gritó “¡la quiero a ella, tú, la mujer de Herculano! El desgraciado que os ha ocasionado vuestra situación actual, te quiero a ti, serás mi trofeo, ¡serás mi esclava!

Olympia alzó la mirada y observó a su nuevo amo, su hermoso rostro no interfería en los sentimientos de Olympia, a medida que hablaba Alcibíades ella se llenaba de odio, de repugnancia hasta que llegó al límite; lo había perdido todo, a su hija, a su marido e iba a despedirse de su hogar para siempre. Se levanto con el puño en alza y gritó “¡Oh fuertes melias, no puedo quedarme callada y seguir viendo como estos hombres nos hostigan y nos reparten como si fuésemos mero ganado! Se justifican ellos en que esta campaña es resultado de nuestras malas acciones, sin embargo, esconden su verdadera naturaleza malvada en palabras vacías de justicia y moral. ¡El pueblo ateniense, aquel que se define como el mejor del mundo y el más justo, el creador de la democracia, el gobierno del pueblo en el que todos son libres! Todo eso no es más que una gran mentira. Esa democracia libre es la que ha decidido nuestro terrible destino, lo que me hace dudar de su “justicia”. ¿¡Qué pueblo se define como justo y posteriormente condena a los habitantes de toda una isla!?, ¿Por qué vienen a traernos sus males cuando nuestra nación jamás participó en esta dichosa

guerra? No me cabe ninguna duda ahora, puede que nuestros hombres cometieran errores en el pasado, pero cometieron esos errores con el peor enemigo posible. Se me antoja después de ver lo sucedido que los atenienses son el mayor mal de este mundo, son una plaga, una enfermedad que no parará de atormentar a gente como nosotros hasta verse consumido y que no aprecian la vida humana de ninguna manera. Rezo a los dioses para que pierdan la guerra y experimenten cada mal que nos provocan, algo que dudo pues ningún otro pueblo les ocasionará un castigo tan macabro como el que ellos imponen a sus vencidos. ¡Yo ya no tengo nada que desear excepto la muerte! Deseo verme muerta antes que pasar mi existencia junto a un demonio ateniense.” Con esto Olympia se tornó hacia Alcibíades y le dio la mirada de odio que vio más oportuna a la vez que escupía al suelo.

Alcibíades observaba a Olympia desde su asiento muy interesado, con una mirada de pereza y aburrimiento y con una sonrisa malévola. Una vez acallada Olympia, Alcibíades se pronunció: “Definitivamente te quiero a ti. Y por Zeus que vivirás junto a mi obedeciendo cada una de mis órdenes. Tengo informado que tuviste una hija con ese perro de Herculano... ¿Dónde está la pequeña Eurídice?” dijo Alcibíades mientras el rostro enfurecido de Olympia palidecía y se llenaba de miedo. “No subestimes a un ateniense, mujer, sé que habéis realizado un plan de fuga para algunos de los niños melios” Alcibíades parecía el mismísimo Hades desde su silla anticipándose a los mortales, sonriendo como si controlase y previese todo lo que le rodeaba. “Pero tranquila, mi objetivo no es darles caza... de momento. Por el resto de tu vida me rendirás pleitesía como si de un dios me trataras, en ningún momento me desobedecerás y si por algún casual se te ocurre negarte o quitarte la vida... Ten por seguro por mi nombre que no descansaré hasta dar con tu hija y una vez lo haga le proporcionaré las torturas más crueles que haya podido ver un mortal en este mundo hasta que muera agotada de agonizar, considéralo un regalo de la misericordia ateniense”.

De repente, el poco mundo que le quedaba a Olympia se le vino abajo y cayó al suelo desorientada. Alcibíades y el resto salió del ágora y poco a poco se fue vaciando y repartieron mujeres y niños en distintas

naves. Antes de que llegase la escolta para llevar a Olympia a la nave de Alcibíades se aferró a la tierra de su hogar con los puños.

“Cruels dioses, espero algún día entender vuestros designios pues no me salen palabras de ayuda hacia vosotros, solo de odio. Si que rezo al tiempo, rezo para que la historia jamás olvide el trato que se nos ha dado y rezo para que nunca jamás tengan un destino parecido otro pueblo que el que recibe el pueblo melio.” Y con esto Olympia se levanta y comienza a andar, poco a poco recobra su mirada fría y su postura erguida, tan fría como si estuviese muerta. Ella había dejado de vivir en ese momento.